

José Antonio Mazzotti

Apu Kalipso. Palabras de la bruma

Lima: Hipocampo editores, 2015; 42 pp.

Mazzotti reaparece como una tromba en la escena poética nacional y nos muestra todos los ríos interiores que se entrecruzan en nuestra poesía. Principalmente el torrente barroco alimenta con voracidad contundente e ineludible a todo poeta que se respete como tal. Esa savia milenaria, esa madre poesía transbarroca que como cordón umbilical nos brinda su imperativo lírico, está presente, carcomiéndonos, en la energía volcánica de *Apu Kalipso*, su último libro.

Este poemario bifronte que, sin pudor, reitera tanto nuestra matriz andina como occidental, va tejiendo, con callejera ironía, con esa jerga callejera combinada con una brillante erudición, rumbos que magnifican lo alcanzado hasta ahora por la escena transbarroca peruana. Esta clase de poetas (ojo, no los neobarrocos de raíz argento-cubana o la de sus agentes imitadores en los Estados Unidos) que como hermandad ha persistido todos estos siglos en nuestra mestizada cultura. De ese modo César Vallejo es una consecuencia espeluznante de las fuentes transbarrocas peruanas. Hay una conciencia contextual de la tradición lírica que se retroalimenta desde sus genealogías virreinales y contrapuntea con la modernidad y la vanguardia. Así tenemos un paisaje poético de vuelos mayores, cuyo eje transbarroco lo configura. Esa horda inteligente, que sin remilgos ni permisos ha producido parte de lo más brillante de la poesía peruana, está conformada por Gonzalo Portals, Rodolfo Ybarra, Alberto Valdivia, Paolo de Lima, Rosario Rivas, Alfredo Román, Manuel Liendo, Edgar Guzmán Willy Gómez, Rafael Espinosa, Roger

Santibañez, Ana María García, Magdalena Chocano, José Morales Saravia, Reynaldo Jiménez, Vladimir Herrera, por supuesto atacados, hostilizados por los conversacionalistas, cisnerianos, feministas, los luchitos hernández (son todo una categoría), los poetas de *El Comercio* y demás rebuznos que no son propios.

El transbarroco, estimado ministro de Salud, goza de buena salud.

Apu Kalipso pertenece a esta aventura lingüística, a este mapeo epistemológico, a este rombo de ironía erotizada, a esa épica del lenguaje como deidad, como supremo Apu gobernante del mismísimo universo. El poemario, entonces, narra cómo se despliega el soplo de la deidad, amorosa y violenta, sobre la del ecosistema global y cómo crece desde ella. Toda la flora y fauna expresan el poder del halo celestial, *dichoso el árbol apenas sensitivo*, anunciaba Darío. “Y crecen rosales rozando tus tobillos oh Aparecido”, responde Mazzotti. El delirante Apu atraviesa el orbe, el mundo es su escenario, su prosenio dramático y también su delicadeza:

Abrumado por los menesterosos
desapareciste en el mar

Abandonaste puro tus huestes
por delito de insolencia

Y ahora la miasma radiante la
mancha amarilla se apodera

De las caparazones de los boticarios
de la piel de la arena
(Mazzotti, 9)

Ello no evita el violento discurrir y las conspiraciones constantes en este mundo patologizado donde el amor, al parecer, no es suficiente para salvarlo y solo queda

la malicia para sobrevivir:

Este chillido de ave avezada enviada para comer vísceras

Este revólver de sentidos indistintos y balas babosas

Compiten ante ti y ante ti coleóptera murmurando (Mazzotti, 10)

La omnisciencia terrenal, concreta, alevosa, aparece:

Hablas poderoso por los ríos secos por los altoparlantes

Inundas los temores con arrepentimiento y alcohol

Ah--parecido ya seas hombre /ya seas mujer /permítenos

Acariciar los pétalos de plata besar la espuma de felpa

De bocas de los copos de sabiduría eterna y retornable (Mazzotti, 10)

Y la superación de toda supuesta moral sexualizada, se está más allá:

Salve esa cresta de obsidiana de abultada penumbra

Su amor caracolesco de chasquidos y troncos flotantes

Su sangre insuflada de polen y de savia de dolores

Infinitos por la ausencia de estrellas por la sombra

De la lluvia ascendente como espina y su boca de rosa

(Mazzotti, 10)

En el poema llamado "Amazonas", el poeta celebra otro tipo de gozo, una ceremonia de vinculación con el poderío de la selva, la rupa rupa, el Omagua, como si hablara Lope de Aguirre en siglo XXI, donde los marañones han alcanzado un alto grado de demencia:

Tus ninfas pústulas de arsón y fungen pécora

Tus algas ostentan las puntas quebradas tus pirañas

Se muerden entre ellas danzando en la niebla sidérea

Padre que estás en las ovas con la audacia de quien

Invade la planicie mamífera con océanos barrocos

Acidándose de úrea y de sueños de lavandería

De blancuras por venir que no olfatean su caña de mayo

Y miras con misericordia lo que hemos hecho de ti

Un seguro sin techo un dios inmortal y solamente eres

El animal bóveda de los espíritus de todas las matas

Y todas las copaibas y las nectandras y los zancudos

Que beben de tu cuello carnoso el hidrógeno sangre

La taruca tapiresca/el tortugo perezoso/la boa lagartija

Y el tahuarí amarillo que los amara y charapea

Padre Yacuruna estarás con tu lagarto negro por los

Abismos de las cochas plateadas en la luna de tu madre

(Mazzotti, 11)

El Amazonas adquiere de ese modo rasgos solo explicados desde una razón enloquecida pero a la vez de una lucidez extremada, ayahuasquera, la serpiente de colores enrollándose en el cerebro, un cántico enfebrecido de tanta vida bullente, de tanto paisaje sonoro explicándolo todo:

Padre Yanapuma brujo perverso entre los más malignos

Tu silueta de jaguar nocturno se confunde con los gallinazos

Para comer carne humana a cualquier costa la más dulce
 De todas las delicias que la selva ofrece porque su aroma
 De animal limpio es más agradable a las entrañas rojizas
 Que asoman por tus ojos braseados por tu amargura de dios
 Momentáneo de dios todopoderoso lo que un rayo azota
 Padre Mapinguari perezoso gigante deambulando a veces
 Tumbando los arbustos más altos desgarrando pieles
 (Mazzotti, 12)

Pero el Apu-Galatea sigue su viaje y esta vez se despliega estallando seminalmente en los glaciares, como un viento perpetuo, moviendo cada gota de lluvia, cada cubito de hielo, cada montaña andina y tiene su propio lenguaje:

Tu lengua michinmahuida extendida una mano abierta con piel de azahar
 Tu lengua Villarrica explotando ganosa espuma de descarga orgásmica
 Tu lengua sollipulli que atruena los floripondios imposibles los amarillos
 Que saltan choshuencos unos demonios diminutos con explosión de lampo
 Y su kamaq que habita el río de arriba para marcar tu curso de planeta
 (Mazzotti, 15)

Y el amor no es posible, solo la desventura, el desamor que obliga a construir todo el universo como una venganza:

Por amor te desdeñó y ahora levanta fogatas para besar con hollín tus algas

Y olisquear ese cuello callangate de nieve de estrella con mus de vainilla

Esa verónica venérea que viene de belverde bamboleando las caderas chaupi

Orco que transforma el mundo en redundante donosura de espíritu libre

Queriendo convertirse en tus espejos que deslucen como el infante desolado

(Mazzotti, 16)

El Apu continúa su travesía en los aires y esta vez va a Paracas, la bahía postismo ha dado una nueva figura. La famosa "catedral" de arena y piedra milenaria, cuya presencia los paracas alabaron mientras hacían sus mantos múltiples. Entonces el poeta tañe su lírica barroca:

Se ha caído la O que separaba los labios de la arena

El aura que bordaba cada momia con guirnaldas

Para siempre su bulla de ultratumba se ha callado

(Mazzotti, 17).

El Apu no se detiene y se pone a La Mer (con ese doble juego entre nuestra castiza lamer y la clave francesa de la palabra La-mer, es decir, el mar y su esplendor erótico). Uno viaja por el mar y siente, teme, ama, el ritmo de las olas, el giro del viento marino, el sabor del aire:

Cómo empezar siquiera a pensar en decirte los moluscos de fuego

Que penetran tu memoria como chavetas deschavadas en la dicha

De la fusión de tu sabor salado y mi sabor salado Y del sabor salado

De la conciencia perdida en el pozo verdusco de la infancia divina

(Mazzotti, 23).

El goce de toda la oferta gastronómica marina sin cocina novoandina, sin mixtura, sino en su pureza, en su naturalidad:

Bailarán los crustáceos crocantes
su cuerno de la abundancia su
corona

Crónica de cantos simultáneos
de primera eucaristía en el altar
mayor

Mitra que se conecta con la
fuente eléctrica de la ambrosía
su imán

Potente de lava atemperada y
pura donde muere la soledad del
mundo

Comeremos ricosamente frutas
innombrables porque su miga
delicada

Hablará sola de las sonoridades
que rasuran su sonrisa velluda su
savía

Dispuesta para el manjar predi-
lecto donde comulgan las almas
perdidas

Redimidas ahora por el pacto
sagrado de la música de la laguna
esférica

(Mazzotti, 24).

El mar como deidad respetable y ab-
soluta que activa el orbe:

Mama Qucha todopoderosa que
tragas monedas ahora tus islas
plásticas

Se adueñan de las costas infan-
tiles y enredan los cardúmenes
ahítos

Soplan el solideo con la panza
eólica avisan a los titanes furiosos
que

Lloverán a adueñarse de los
últimos recodos de la espuma
amarilla

(Mazzotti, 24).

Luego el Apu no descansa en su fer-
vor, en su último viaje y ahora cruza los
volcanes, donde lo carnal/volcánico reap-
arece con sus brotes ardientes y terrenales:

Así qué rico se estira la leche roji-
za por el pezón marronecido

Eres el dios furioso hecho esper-
ma de estrella en el atardecer

Te temen de antiguo porque ba-
rres ciudades y pintas en el mar

Una pradera de cenizas con algas
colgantes sobre las brasas

(Mazzotti, 26).

En ese vuelo también hay islas (el
poema "En-agua/Una isla en el Pacífico"),
donde no se descansa jamás, no hay repo-
so, el lenguaje se yergue sólido, cruel, sin
piedad se resignifica:

Ataca grendelesco las salinas
disueltas que aran

Miríadas de plancton Polifemo
acariciando

A los gigantes flotantes de cresta
cristalina

Rompe con las corrientes con
figura de manatí

Curvado en el vientre y bipartito
por los chorros

De lenguas saladas que reptan su
jungla jugosa

En esa quebrada en la que insiste
el vicio con su

Cuerno la caverna babosa desli-
zando sus murenas

Hasta rasgar en la pared curvada
su grafiti sanguíneo

Bola de la abundancia reverbera
abriendo sus vías

(Mazzotti, 34).

Qué decir ante esta demostración de
lenguaje hechicero, lunático, patologiza-
do.

Resumiendo: Apu Kalipso, es un breviarío que, efectivamente, surge de la bruma, pero es la bruma misma, la bruma (como reza su subtítulo: palabras de la bruma), no perdona, no hay arrepentimiento posible, lo hemos hecho, lo merecemos, no hay escapatoria. Mazzotti y

su divina metalengua que pronuncia, ha alcanzado con este libro otro nivel de su proyecto poético, estamos asistiendo a otra dimensión de su propio quehacer como poeta y deberíamos comenzar a temer de la brujería lingüística que viene. *(Rubén Quiroz Ávila)*.